

Steinbeck, novelista

★ *Sesenta años* no son muchos para la ardua empresa de alcanzar el Nobel. Otros escritores, los anteriormente laureados por ejemplo, necesitaron más tiempo que John Steinbeck. Eso no impide que en su caso tengamos la impresión de que el norteamericano ha necesitado de una larga y también dudosa batalla — para usar uno de sus títulos — antes de obtener una distinción internacional que sin duda le será retacada por los lectores exigentes y por la crítica, incluida la de este ejemplar. Porque si bien parece evidente que se trata de un narrador espontáneo, bien dotado para el retrato lígido de las criaturas simples del fondo, diestro en esa felicidad del diálogo fluyente que imita la realidad, quizás también no haya dudas acerca de sus severas limitaciones como artista, acerca de su filosofía ingenua y hasta pedestre, acerca de la ausencia, en sus obras, de una visión coherente y original de la vida humana.

Es de esos escritores de quienes se puede afirmar — y la afirmación

es dolorosa — que "hicieron furor" o que "tuvieron su momento", es este caso la publicación de su más famosa aunque no mejor obra, *Vidas de ira* (1939), para luego ocurrirle, entrando en su etapa de entrecorrión no se sostenía, independiente, por su más severa virtud literaria, sino que dependía del favor que le prestaba la circunstancia, anulándose por momento un cierto oportunismo temático que mucho le ha dañado: ejemplo su lamentable libro *The Moon Is Down* (1942) sobre la Noruega sometida a los nazis en la segunda guerra mundial.

Del mismo modo, el éxito de *Vidas de ira* — mucho que ver con el momento de su publicación, en pleno fervor del programa demacrático de la década que se ha dicho rosado, pero me sospecho que una relectura actual no haría sino agravar las insuficiencias que ya evidentemente se percibían: esquematismo fácil en el trazado de los personajes, recurrencia a cómodos sentimentalismos, y en la segunda parte una epidérmica sociología americana que no resistía el examen serio.

Y sin embargo, es Steinbeck uno de esos escritores en quienes mejor se explaza una virtud de creador que actualmente es de buena tomo desear: la simpatía con el lector, que en él es consecuencia directa de la simpatía que experimenta hacia sus criaturas narrativas. Este don — porque es eso, un don que debe apreciarse, mal que le pese a los críticos de la angustia — le permite a Steinbeck relacionarse con un gusto humorístico, lírico, sensible, a sus paisanos de Monterrey, a su pintoresco pícaro moderno, Danny, con quienes se integró la gusana maldita de su primer éxito narrativo, *Tortilla Flat* (1935). Esa simpatía es la que transmite el calor emotivo que sustenta la familia Joad de *The Grapes of Wrath* y explica la fe profunda con que enfrentan las calamidades.

Pero esta virtud tiene también su oscura contrapartida. Muchas veces el autor carece de relación sentimental que se adhiere insidiosamente a la simpatía (como viciosa deformación de un hastio verdadero) y cae en un falsamiento de lo real. Somete la realidad literaria a un modo de una generosidad que sin duda es noble, pero que miente la verdad: las reacciones de sus personajes, inicialmente trazados con vivacidad, con sentido certero de lo veraz, se pliegan en un esquema superficial, previsible, como en una novela de Cronin. Por estas cosas se ha llegado a ubicar a Steinbeck en una escurridiza frontera que separa la gran literatura artística de la producción en serie de los magazines, y son ellas las que explican las debilidades que restan peso a una empresa narrativa considerable como *East of Eden* (1952), una de sus últimas grandes novelas.

Para entender mejor esta ambigua situación, conviene repasar brevemente la carrera literaria de Steinbeck. Recordar, en primer término, que es el que viene después, en una segunda promoción ya distinta de aquella que integraron los mayores creadores de la "lost generation" americana, William Faulkner, Ernest Hemingway, Henry Miller, Scott Fitzgerald, etc. No sólo por ser algunos años menor que todos ellos, sino porque desde sus orígenes se integra en una realidad exclusivamente americana, sin la recóndita estranjería de los anteriores, y emerge a la literatura en una época, en una circunstancia histórica, muy distinta.

No hizo esa experiencia de locura y despallor que quedó tipificada por Scott Fitzgerald y que en Henry Miller se encarnó en una vida avanzada, a la etapa del recuento consigo mismo y la recuperación. No hizo la experiencia de los "luneros" vanguardistas, como la pitonisa americana aludida en París, Gertrude Stein, o su rebelde discípulo, Ernest Hemingway, o como más profundamente, con raptó más artístico y desgarrado, hizo el escritor mexicano que más se mereció este premio Nobel, es decir, Ezra Pound. Pero quizás se atreve hoy a darle un premio al escritor americano que más se merece este premio de los tremendos Cantos de Florencia, cuando colgaba como un animal de circo dentro de la jaula penitenciar, donde lo habían puesto sus compañeros antes de encerrarlo en el manicomio? No hizo la experiencia del desdén por su América natal y de la inmersión en las fuentes europeas, como se ilustra con Henry James y se continúa con los autores de la "lost generation".



Su entrada en las letras coincide con una fecha clave en los tiempos modernos: 1929, el año del gran "crac" económico de los Estados Unidos, cuando se vio, de golpe, el envés de la prosperidad y de la victoria en que se vivía regularmente. En esa fecha Steinbeck publica una anárquica vida novelada del bucanero Henry Morgan (*The Cup of Gold*) y todavía seguirá publicando libros erráticos, testimonios de ese lirismo simple, irrefrenable, que seguirá aludidamente soterradamente obras de otra índole, y que redacta en la enorme finca rural de la cual es cuidador y en la cual no tiene otra cosa que hacer que descubrir la belleza del paisaje y escribir. Ni *To a God Unknown*, por el cual se le ha emarquetado, con exceso, con D. H. Lawrence, ni *The Pastures of Heaven*, merecen recordarse en una bibliografía crítica.

Sus obras más estimadas se escalonan en una serie rígida que cubre cinco años y abarca cinco libros. Son ellos: *Tortilla Flat* (1935), *The Dubious Battle* (1936), *Of Mice and Men* (1937), *The Grapes of Wrath* (1939) y *The Long Valley* (1939) que yo estimo su libro más permanente, más logrado. En él está incluido un hermoso cuento, *The Red Pony*, una de esas reconstrucciones sensibles del mundo adolescente género en que se han especializado con admirable sutileza los norteamericanos, y que en lengua inglesa no tiene parangón hasta la aparición de los cuentos de Aldridge.

Esos libros han sido escritos a partir de 1933. Son esos años los del triunfo de un gran estadista, el más importante que dieron los Estados Unidos en el siglo, Franklin Delano Roosevelt; y con los años de una política, el *New Deal*, el mayor y el más coherente esfuerzo cumplido en esta época por el liberalismo norteamericano para alcanzar un estado de justicia social y de desarrollo armónico del país. John Steinbeck es

el novelista que representa el espíritu del *New Deal*, tanto en sus alcivantos como en su ulterior y definitivo fracaso; y lo representa en sus temas de sus condescendencias de la vida, en sus temas de crítica social, en sus esperanzas de redención por obra, hasta en su estilo, un puente cómodo para que transite un público lector que viene de las nuevas clases medias. Si reconocemos su novela desde *Tortilla Flat* hasta su última y por muchos aspectos una revolucionaria certificación del tema de aquel gran intento esperanzado, que es *The Grapes of Wrath*, como *Publicación del año pasado*, el suyo, el *New Deal*, por la crítica norteamericana, una de las palancas que le permitieron obtener el Nobel, y, según creo, todavía no traducida al español por otros, así como una evolución literaria: las ansias renovadoras de un importante sector de la "intelligentsia" americana, sus fluctuaciones, sus deficiencias ideológicas, su constante enclaustramiento, su fracaso, por último su extravío conatos.

La década norteamericana de 1930 a 1940, y en general esa década en el mundo entero, y un florecimiento casi abusivo de la novelística española, de muchos escritores de Estados Unidos y pusieron a analizar la realidad del país en que críticos, que intentaban disimular, aunque bastante mal, con la apariencia de una literatura local, impasible. El triunfo del "caeser" consistió, como ahora podemos ubicar mejor, en una renovación moderna de la técnica literaria que transportaba un espíritu similar al del rosado realismo crítico de un Dreiser.

Quien era en ese momento el más original y más prestigioso renovador de la narrativa norteamericana — John Dos Passos, escribe su segunda trilogía, que titula sin embargo *U.S.A. (Adventures of Young Man, Number One, The Grand Design)* y al coronarla en 1929 se hace patente su actitud escéptica acerca de las orientaciones de una creación norteamericana. En esa misma época se desarrolla Upton Sinclair su larga serie de novelas de agitación, dando un poco la tónica principal del movimiento, porque en ese tiempo a él se le hubiera ocurrido reescribir una novela como *Tierras de la noche*, el muy famoso siempre nacional de Scott Fitzgerald, y la creación subviva de un Thomas Wolfe (habrá en imágenes a un público que está viviendo un gran momento de su contorno social).

En esa misma década escribe su trilogía *Lost Legion* el Sr. F. F. Farr. Últimamente parece olvidado, pero es, a mi entender, quien expresó mejor, con mayor concisión, gravedad e inclusión, una crítica realista creadora de la novelística americana del período. Y pienso sobre todo en el primer volumen de la trilogía, el *Young Legionnaire* desmantalar a los lectores inclinados al verso estilo — rápido, conciso, fuerte — pero con una autenticidad maestra que otorga a sus obras una tercera superioridad de los escritores de la época.

Pero el mejor exponente del espíritu del *New Deal*, insisto, es Steinbeck, y conviene dar su punto de partida es una actitud de gran simpatía humana, como ya apuntamos, que como sendero que lleva a la simpatía vale como recordamiento de la experiencia de un prójimo desconocido.

the new Deal

dado, en quienes se descubren valores, virtudes, nobres calidades simples que ahora reducen, emociones que pueden ser compartidas. El mundo agitado y platónico de la costa californiana se ha vuelto real, de carne y hueso. Como pone una sal levántica, no están contentos con un turista curioso, atraído por lo folclórico, sino que el autor se acerca a ellos como un compañero apenas si algo distante por su mayor cultura y refinamiento, pero de paciencia cesa. No hay que olvidar la vida juvenil Steinbeck con su serie de contradicciones: empleado, desde obrero agrícola hasta albañil, ni tampoco su origen social: hijo de una familia de la pequeña burguesía provincial, de esas que conviven colosamente las cartillas escolares y que perseveran con tesón y poca fortuna en un mundo que las va dejando atrás pero cuya supervivencia asegura con una inyección de populismo.

Esa primera actitud de simpatía dará paso a una segunda, de mayor solidaridad, al descubrir, aunque tímidamente, los fundamentos económicos de la vida americana, y las dificultades e inseguridades en que se mueven los más de una economía opulenta. El gran "Cerezo" estableció un acercamiento entre las clases mediante la pequeña burguesía, y los sectores obreros, acercamiento que resultó, por desgracia, perecedero. En el mundo de Steinbeck, como en el mundo de los libros de MacLeod, más que la del proletariado, para triunfar en una huelga, y sobre todo, para ganar una batalla social, se debe tener a mano los libros de Steinbeck, estudiando el solo recuerdo, y él me dice que no había en el libro un entendimiento clasista del mundo, sino una visión liberal y progresista, según la cual todos los hombres son iguales, sean cuales fueren sus diversas situaciones sociales, y la conciencia social y el esfuerzo evolutivo, se llegará a establecer una justicia retributiva que sin embargo no ha de alterar la estructura social ya establecida. Luego el espíritu de libro con que trata de moverse el autor es la de las dos fuerzas enfrentadas —patrones y obreros—, junto a la inclinación visible por estos últimos, pero en la acción de la novela, el patrónista que según Roosevelt debía asumir el estado ante estos problemas.

En el mismo modo ya se ve en *Vidas en la Tierra* la crítica de la acción de las élites más cultas que sostienen a las masas y ofrecen de ellas, al tiempo que las ayudan, una reintegración educativa. Pero en esta es la idea de la acción, no la estructura del relato, y no se sabe qué es más llamativo, si la asociación de los dos hombres, o el modo de imponerse a la fuerza bruta, irracional, desencadenada.

La vinculación con el espíritu del New Deal y claramente con las realizaciones del estado que se ven en acción se ve en *Vidas en la Tierra*. Aquí la crítica va dirigida a la capacidad de los plantadores, es decir, de las empresas particulares, y de paso a la negligencia de anteriores gobiernos pero no es afectado nunca el sistema básico de la propiedad sobre el cual aquella capacidad se desarrolla. En materia de soluciones se espera el estado las "cueras de protección", la puesta en acción de un mecanismo regulador de los intereses de todos, patrones y obreros agrícolas, en una estructura que incluye el sistema de fisco, de la familia Joad a un campamento estatal, rubrica esta vez en la acción del gobierno liberal, el espíritu de protección. Su novela es una novela fundó con un instrumento de propaganda de una acción de justicia social ya establecida por el gobierno de Roosevelt y que fue seguida por un liberal.

Steinbeck conocía bien el problema de los obreros azucareros, de sus migraciones en busca de trabajo y del estado de miseria en que se desarrollaba su existencia. Su novela está basada en un libro-reportaje, publicado un año antes, *They Blood is Strong*, donde la denuncia es seca, directa, sin adornos, sin sentimentalismos, se desdibuja la intención reivindicatoria, acerca de la vida de los obreros. Pero no hay allí ninguna intención de denuncia social, sino una denuncia de trabajo más segura, contribución al mejoramiento de la vivienda, nada más. Es mucho, pero es poco, y expresa la debilidad de una conciencia liberal que trata de solucionar el problema de los conflictos movida por una inclinación humanitaria, pero que no ataca la raíz y por lo tanto permite que subsistan las causas que destruyen la justicia.

La filosofía social que sostiene el libro y que se basa en los principios de la filosofía de los obreros: buena intención, simpatía, justicia, justicia en definitiva. Parece nacer del fusionismo de la pequeña burguesía que aunque cercano al proletariado, no se acerca a él, sino que vive de sus propios, superándose, al tener que compartirse. Wright Mills ilustra ese espíritu con su ensayo "El ídolo desdorado e las nuevas clases medias".

mayores de la sociedad americana y muchas conclusiones parecen haber sido devoradas por los sucesos gordos después de la caída de Roosevelt. El enorme y admirable esfuerzo de la segunda guerra mundial, no se tradujo, como se esperaba, en un mundo más equitativo, sino, solamente, por un poco más de manera sobre el par, aunque no sobre el de todos al tiempo de modo seguro y pacífico. Del intento de resucitar el New Deal —words, words and words— según han dicho los asesores universitarios de la nueva Administración, mejor no hablar. Estos días han mostrado lo rápido que se desgastan las máscaras, y lo fácil que es dar el paso que lleva de la hipocresía al cinismo. Claro que es preferible, en un mundo mejor, y ya vemos adónde ha venido a parar el liberalismo democrático: a la resurrección de la rancia doctrina Monroe. No estos días David Astor, el director de *The Observer*, observaba que la diferencia entre ingleses y americanos radica en que los primeros no se consideran obligados a cumplir con doctrinas caducas, y decía: "Nosotros sabemos que nuestro pasado político es dudoso. Los americanos están convencidos de que han sido engañados por el Espíritu Santo".

Se puede acusar a Steinbeck de superficial, de simplista, de ingenuo en sus concepciones, de haberse dejado llevar por el optimismo, el generosismo, y el período de exaltación que vivió bajo el gobierno de Roosevelt cuando podía creer que los momentos de la historia se superaban en un mundo mejor, le llevó a identificarse con ese movimiento y a escribir dentro de años los libros *Cerezo* y *Vidas en la Tierra*, más reciosos, incluso un *Ricel*. Pero como exponente honesto de un proceso histórico, podemos preguntarle, a veinte años de la desaparición de Roosevelt, que cree que es el estado que puede ofrecer sobre el desarrollo último del mundo en que vive?

Este optimismo se llama, melancólicamente, *El invierno de nuestro descontento*, y es una novela triste, escrita con la levedad de una sátira escéptica, sobre la pasión rebrada, pesadumbre. Su antecedente está en *The Wayward Boys* que como presento con trazo grueso, una crítica al mundo de las finanzas. Ese ambiente no le es propicio. Pero en esta última novela se habla de los seres comunes, la vida familiar, los ideales del "american way of life", se nos revela más allá de las ideas de los obreros. El optimismo, la actitud, muy sombrío, pero se expresa con la manera de una comedia, y es ese contraste el que hace de la novela un libro que merece ser leído. Ni la jocosidad de *Tortilla Flat*, ni la esperanza de *The Grapes of Wrath* hacen de consuelo sus fuerzas, un juego humorista sobre cosas reales.

Este libro son las "Ilusiones perdidas" respecto a una esperanza renovadora generada en el mundo de los obreros, en la novela de ese título, de Balzac, respecto a los suecos de aquellos dos jóvenes provincianos que aspiraban a triunfar bajo la Restauración, en la era de la teología burguesa.

¿Qué cuenta? La vida de una familia, que parece sacada de una tira cómica de *Chir Young*, contada por su jefe, Ethan Alvan Hawley; la madre es una mujer que entiende, esposa afectuosa, dueña de casa diligente; el hijo un adolescente de gestos teatrales, un ambicioso, un personaje que aspira a la perfección, el hijo perfecto, culto, hermosa y orgullosa Electra; padre descende de una vieja y pequeña familia de Nueva Inglaterra, de un pueblo de la costa de Nueva Inglaterra, de las riquezas heredadas, se siente un fracasado, y trabaja como dependiente en el negocio que fundó su padre. El otro hijo, Tom, es un rico inmigrante italiano. Hawley vive del poder glorioso de su casta familiar: una forma como idea de disminuir su fracaso, y de una rigida educación católica que lo ha dotado de un estricto código moral. Pero un día descubre que la pequeña felicidad familiar en la que se encierra, se va desmoronando a la pesada sombra de la crisis que su marido es nada más que un dependiente y atiende un mostrador que no es de su propiedad, y que funciona, tal como en otras condiciones, mayores comodidades, y la respetabilidad que presta integrar las buenas familias bien acomodadas del pueblo.

El optimismo del americano medio, se pone en campaña, justo un día simbólico, el Viernes Santo, cuando se conmemora el sacrificio del Hijo de Dios por el género humano. El optimismo popular, y lo hace y lo hace y lo hace, el negocio a las autoridades porque hace 40 años ingresó el país en forma fraudulenta, para tratar de tener el poder del país y poder colaborar con las ideas de comunistas; proyectar, en base a las informaciones dadas de su amigo el cajero del Banco, un análisis del progreso del Banco para sacar una buena tajada de las obras públicas que el estado va a construir en la ciudad, y adelan-

tarse con un sutil plan para liquidar a su íntimo amigo de juventud y que crece con una ternura, un hijo donado, el hijo de un proyecto aeródromo de la ciudad. Agregue una imminente infidelidad conyugal y se tendrá un mundo que se mueve hacia adelante, pero que funciona de un modo convincente por el juego de las alusiones atemperadas, de las referencias indirectas y por la creación de un protagonista que está entre las buenas intenciones de Steinbeck.

A los liberales les cuesta mucho reconocer la existencia real, en el mundo real, y a Steinbeck también. Su Hawley no llega a consumir ninguno de los proyectos que eran bajo la sanción de la ley, fundamentalmente el asilo al banco, no por arrepentimiento, sino porque un azar lo impide. Pero, a consecuencia de su plan para enriquecerse, consigue la fortuna en sólo un año: una sociedad con el director del Banco donado y le regala el negocio; su amigo se suicida y le deja sus campos; con semejante azar puede irse una sociedad con el director del Banco donado tendrá el 51 por ciento de las acciones; el autor tiene que abandonar el mundo real, y a Steinbeck no llega a consumarse.

El día de la Restauración de Jesús, o sea el día de la gran nueva que cambió la historia del mundo, nuestro americano se ve rico sin que la justicia pueda perseguirlo: es un hombre honorable, buen trabajador, un hombre que merece respeto, por todos, un ejemplo moral, tanto que hasta se puede hablar de él como candidato a alcalde.

Simultáneamente, para que la apoteosis sea total, su hijo gana un concurso nacional sobre el tema "¿Por qué quiero a mi país?", lo que le trae fotos de los disidentes, apariciones en la TV, una próxima recepción en la Casa Blanca, etc., claro que al día siguiente el padre será informado por uno de los organismos de la ciudad de una denuncia denunciando que el trabajo es un fraude, un pastiche de Henry Clay, Daniel Webster, Jefferson y hasta Lincoln, y Hawley no necesitará apariciones para saber que la denuncia fue hecha por su propia hija, la pequeña Erinna familiar. Al fin de cuentas, en ella se transporta la denuncia, pero el padre, con el anonimato, contra el italiano dueño del negocio.

Definitiva una sociedad de transpos, una sociedad de fraudulencias, que vive de la religión y habla de moral austera pero está dispuesta a cualquier artimaña para enriquecerse, se siempre que el dinero puede hacerse, que el interés, bien amplio por cierto, de la ley. Una sociedad ruidosa por el excitante, por la ambición de los objetivos que ya se multiplican en Babilonia por la figuración de los límites, las responsabilidades, todas determinadas por la riqueza; una sociedad que desatoca el trabajo del empleado y del obrero que sólo cree y aspira a la situación del propietario. Hawley encarrará el suicidio por el peso de una conciencia moral agobiada, pero a último momento volverá a su familia: siempre queda la esperanza. No parece que el personaje ni el autor muestren demasiada confianza en las posibilidades de esa esperanza, la que funciona, tal como en otras ocasiones sentimentales de la narrativa de Steinbeck, i modo de multicita optimista. Sin embargo ya se ve el camino.

La novela oscila entre los escollos: navega con soltura, con una levedad estilística que no era habitual de Steinbeck, y el diálogo corre errático de las situaciones, pero se resquebraja, pero las convecciones emergen repentinamente, como esos bocanetes originados bajo los tapetes más sencillos, a las personas que se ven en el mundo, o la piedad de Steinbeck se apresura a correr a sus criaturas cuando avanzan a una realización. Un libro optimista, pero en el rostro de la gustia, pero un libro en el que el pesimismo, como al descuido, el empantanamiento de una sociedad tramposa y fraudulenta. Es el punto de crisis, el momento de crisis, el momento moral y desde él ataca: ni siquiera ahora, a los veinte años, ha perdido el impulso liberal; en busca de un mundo mejor, un mundo mejor, un mundo de las llagas que aparecen en el rostro de su país, pero ellos no le sirven para encontrar las causas reales, más que una denuncia del cuerpo social. Steinbeck está en "el invierno de su descontento".

Este premio Nobel ha querido premiar el humanismo marxista, al dárlo, de un escritor más popular, y lo hace y lo hace y lo hace, el negocio a las autoridades porque hace 40 años ingresó el país en forma fraudulenta, para tratar de tener el poder del país y poder colaborar con las ideas de comunistas; proyectar, en base a las informaciones dadas de su amigo el cajero del Banco, un análisis del progreso del Banco para sacar una buena tajada de las obras públicas que el estado va a construir en la ciudad, y adelan-